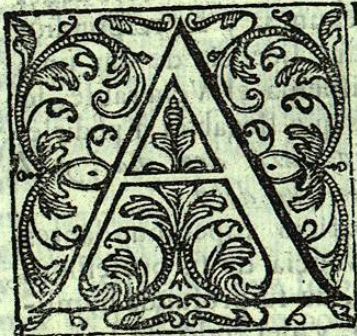


CAPITULO XVII.

Obedecen con prontitud à Aparicio los Bueyes de sus Carretas.



L paffo que se empeñaba el enemigo en degradar hasta los términos de la estolidez de los brutos la santa simplicidad, con que Aparicio obraba; contrarrestaba el Cielo sus ardidés con elevar aquella hasta adornarla del privilegio, que fué carácter del felicísimo estado de la inocencia, manejando à los mismos brutos à su arbitrio. Para proveer de Bueyes sus Carretas se valia, como diximos, del medio de la misma mendicacion para que los agenciaba: admitiendo gustoso, no solo los ya acostumbrados al exercicio; sino los Novillos, y algunas veces Toros, que le ofrecian; à los que juntos con los demás (de que llegó à congregarse hasta el número de diez y seis, ò veinte) les hacia presente para amansarlos la obligacion que tenian de aplicarse al trabajo, y al intimarles con las mas suaves palabras el precepto, les decia: *Pues nacimos para trabajar, hagamos lo que nos mandan, sirvamos à los Frayles*; prestando desde este punto al Siervo de Dios la mas rendida, y ciega obediencia.

Sin embargo de que à todos ellos llamaba Cho-

Choristas, à cada uno trataba con el distintivo de un nombre proprio, como el de Cachupin, Azeytuno; Blanquillo, &c. por el qual acudia à él qualquiera, que era llamado en particular; y lamiéndole el Hábito, le entraba la barba, y boca en la manga, de donde le sacaba las mazorcas, ò pedazos de pan, que solia llevar siempre para este fin.

El ordinario método, que observaba en darles de comer, era echar la cebada, ò el maiz en el canto del manto, ò en la falda del Hábito, desviándose los unos luego que havian tomado el alimento preciso, para que fuesen llegando successivamente los otros; y si acaso se peleaban sobre la comida, les daba con la mano en las bocas, ò con el cordón en las cabezas, y los reñia diciéndoles: *Ea, estaos quedos, tened juicio.*

Quando llegaba al Convento de la Puebla, señalaba à cada uno la racion, que havia de comer del maiz, que havia recogido de limosna, diciendo à unos: *Vos, que haveis trabajado mucho, comed tantas mazorcas*; y à otros: *Vos, que haveis trabajado menos, comed tantas*; y cada qual comia lo que le havia señalado, sin exceder de aquella porcion, ni impedir à los demás.

Estas, y semejantes prácticas, que llegaron à noticia de los Choristas de dicho Convento (à quienes miraba Aparicio con entrañas de amoroso Padre, y con quienes tenia tal cabida su candidez, que se divertia con jugar con ellos al Toro, y à otros juegos de niños) les hizo suplicarle los llevase à ver sus Bueyes, y como se venian à él quando los llamaba; y condescendiendo al punto su candor: *Audad Novillejos* (este era el tratamiento, que les daba

daba à distincion del de Choristas, con que llamaba à aquellos) *Andad, les dixo, y trabad zacate, y vereis como vienen.* Traxeronlo al punto, y llevandolos al Corral, donde los havia defuncido; à esta voz: *Ha Choristas,* acudieron todos al instante, y cada uno iba tomando de su mano su racion; mas habiendo llegado dos juntos, y hecho pressa de un manojo, se embistieron con furia sobre qual de los dos se lo havia de llevar. Aparicio, que viò la contienda; y que el uno, à quien llamaba Pintillo, maltrataba al otro, dando un grito, le dixo: *Ola Pintillo, ¿es esto lo que os he enseñado?* Apenas oyò la voz el enojado Buey, quando dexando la lucha, se vino retozando al Siervo de Dios, y le lamò las manos, no sin admiracion de los que lo veian.

Hallabase solo en una ocasion en el campo, y con la precission de uncir las Carretas; y habiendo llamado à un Buey para ponerle el yugo, se le acercò otro Pinto, y comenzò à jugar con el, y à lamerle el Habito; mas habiendole dicho Sebastian: *Aguardad Pinto, que no haveis de ir en esta Camilla, sino en otra,* se estuvo esperando aquel, hasta que acabado de uncir el primero, le dixo: *Passad vos ahora, que aqui haveis de ir tirando;* y pasando con el mismo regocijo con que se le acercò, àcia el otro lado, baxò en el luego la cerviz para cumplir el precepto, que se le havia intimado.

Las mas veces, que como en la que hemos referido, se hallaba solo, defuncia sus Bueyes, y llamando al mas viejo, à quien daba el nombre de Capitan, le decia: *Llebad esos Choristas donde coman, y tened cuidado, que por la mañana esteis aqui con ellos;* lo que executaba aquel con tal pun-

tualidad, que recogendolos à todos al amanecer de aquellos Lugares, en que se havian repartido à pacer por la noche, los presentaba à Aparicio à la hora señalada.

Siempre que los soltaba, y encomendaba al Capitan del modo dicho, les encargaba igualmente no hiciessen daño en las Sementeras, y sembrados; en lo que eran tan exactos, como lo prueba entre otros muchos el caso siguiente. Habiendo llegado el año de 1596. à la Hacienda de Juan de Garitas en los Pinillos de Cholula, y pedido à su Esposa algo que comer, interin esta le disponia un poco de leche, defunciò aquel sus Bueyes, y los echò al campo. La muger, que despues de haver socorrido la necesidad de su bendito Huesped, viò desde la puerta de la Hacienda, que todos sus Bueyes (que eran unos diez, ò doce) se havian entrado en la Milpa, que se hallaba ya en términos de cogerse; creyendo evidente su daño, explicò su sentimiento no sin algun ardor de palabras: à que respondió Aparicio sin la menor turbacion de su sosiego: *No hayais miedo, que os coman una tan sola mazorca, ni quiebren si quiera una caña, porque les he mandado por obediencia, que no coman la hacienda ajena, que es pecado.* Incrédula la muger le instaba à que se levantara, y fuesse à echarlos fuera; mas el proseguia à comer, repitiendo siempre lo dicho, hasta que habiendo concluido le dixo: *Si no me creis, venid conmigo, y lo vereis;* y saliòse con ella del patio de la Casa.

Detúvose à la distancia de mas de dos quadras de la Milpa, desde donde diò este orden en voz tan baxa, que apenas pudo oírle la inmediata muger:

ger: *Capitan, venid acá, y trahed à vuestros Compañeros;* por lo que llegó aquella à persuadirse, que trataba de burlas el caso. Pero embargòla en breve el assombro, viendo salir al punto à los Bueyes, y venir àcia donde estaba el Siervo de Dios; y preguntando èste al que venia delante: *Venid acá Capitan, ¿habeis hecho algun daño en la Milpa?* Sacudiendo el Buey la cabeza de un lado à otro, le diò à entender, que no. Volviòse entonces à la muger diciendole: *¿Veis como no os han hecho daño?* Y prosiguiendo à hablar con el Buey, le dixo: *Tomad aqui la bendicion,* alargandole para ello la manga del Hábito, que llegó à befar aquel con todos los demás, segun los iba llamando por sus nombres; y concluida la ceremonia, volvieronse à comer à la misma Sementera, la que registrada al otro dia por la mañana por el Marido, que se hallaba ausente al tiempo del suceso, hallò no haversele ofendido ni en una sola oja, aunque reconociò havian internado hasta la mitad de ella, por las huellas que dexaron estampadas.

No era la mayor demostracion de su obediencia la de tomar à Aparicio la bendicion; hacíanle à mas de esto (segun lo declaró el mismo à un Religioso Descalzo del Convento de Santa Bárbara de la Puebla) que dixessen las culpas, al modo que lo observan los Choristas quando los reprehende el Maestro en el Capitulo; y preguntándole aquel; como las decian: le respondió: *Postranse delante de mi doblando las rodillas, y teniendo la barba en el suelo:* cuya verdad manifestó el siguiente suceso. Havianle dado un Novillo de limosna, el qual se volvió à los ocho dias à la querencia de la

Ha-

Hacienda donde se havia criado: passados otros ocho fuè à buscarlo el Venerable, y entrando en el Corral, en que se hallaba refugiado con los compañeros, lo reprehendiò diciendole: *¿Vos Hermano, pareceos, que lo habeis hecho bien en haverme dexado, y no ayudarme a llevar la limosna al Convento?* A estas palabras baxò el Novillo la cabeza, permaneciendo assi humillado por el espacio de casi media hora, que durò la reprehension, hasta que mandandole se levantasse, le dixo: *Ea Hermano, venid acá, y vamos à las Carretas, que tenemos de ir à la Puebla.* Y llegando luego el Novillo para que lo unciessse, desempeñò su oficio con notable ventaja à los demás.

No es menos admirable el caso, que se sigue. Havian multado los Juezes à un Indio por cierto delito à que sirviessse en nuestro Convento de la Puebla; cuyo Guardian se lo entregò à Aparicio, para que le ayudasse en su ministerio. Y hallandose èste un dia notablemente afligido del accidente habitual de sus roturas, ordenò al Indio unciessse al Buey, à quien llamaba Cachupin. Aquel, que era de condicion altivo, inobediente, y soberbio, comenzò de mui mala gana à executar el orden; y al ir à echar al Buey el lazo para uncirlo, enfurecido èste, le embistió tan fuertemente, que le dexò rota la cabeza, y tendido en el suelo: à vista de lo qual le dixo el Venerable: *Tu no eres Christiano, y por esto ha hecho mal el Buey manso, que tiene mas razon que tu, pues hace lo que le mandan, y tu no.* Y ordenando luego al Buey, que se fosegasse, obedeciò al instante. Mandò despues, que se levantasse al Indio, para que le ayudasse à uncir el dicho Buey; mas èl

I

le

le respondió: que no le era posible por hallarse muy malo à causa de la mucha sangre, que de la herida de la cabeza le salia. Acercòse à èl entonces con su acostumbrada charidad Aparicio, y con limpiarle aquella, y poner sobre èsta las manos, se levantò perfectamente bueno. Volviòse luego al Bruto, diciendole se acercasse para ponerle el yugo; lo que executò sin tardanza; pero estando èste muy baxo, y siendo aquel de una irregular corpulencia; para cumplir el orden, se arrodillò à los pies del Venerable, manteniendose assi el tiempo, que fuè necessario para uncirlo, pasado el qual, se levantò à completar con la práctica de su destino la eficacia del dominio del que se lo ordenaba.

CAPITULO XVIII.

Obedecen à Aparicio, assi los Bueyes, como otros animales indòmitos.



ELOSA siempre la Providencia de los créditos de la virtud de Sebastian, quiso hacerla visible en otras ocasiones, en que sin salir de la veneracion, que le prestaban los brutos, se acreditasse, aun para con los mas obstinados, de prodigiosa, y admirable. Mas que el haver sujetado al yugo à los Bueyes, y Novillos, que hemos dicho, fuè acomodar extemporanea-

neamente à la misma servidumbre, y hacer que la desempeñasse con la mayor puntualidad à una Baca cerrera, que se hallaba en la libertad del campo, y criando à un pequeño Becerrillo. Acarreaba piedra Aparicio para el Convento de la Puebla de una de las Canteras inmediatas à la Ciudad, y al primer viage que hizo un dia, se le cansò uno de los Bueyes, de modo que le fuè preciso desuncirlo: viendo pues la dicha Baca, la llamó para que socorriese su necesidad; y ocurriendo aquella al punto à su llamado, se dexò uncir, y comenzò à tirar con increíble destreza, y mansedumbre. El Becerrillo, que viò que se separaba la Madre, echò à correr bramando tras ella; mas haviendole dicho el Siervo de Dios: *Detente ay Choristilla mientras tu madre trabaja*, callò al instante, y se quedò como immobil en el mismo lugar, en que le cogiò el orden del Venerable. Quatro viages de ida, y vuelta echò la madre por alli, sin que èste se atreviese à mover de aquel sitio, que le havia señalado la obediencia; mas al quinto, por ser ya el medio dia, deteniendo Aparicio la Carreta, le dixo: *Ea, mamá un poco, y aguardad à que vuestra madre ayude à los companeros*; y haviendolo hecho assi, se volviò à su lugar hasta la tarde, en que concluida la tarèa se restituyò la madre à su libertad, y antigua compania.

Al ir à uncir sus Bueyes en el Corral del dicho Convento, se le entraron dos, el uno manso, y el otro Novillo cerrero, en un aposento tan estrecho, que su puerta no passaba de una vara de ancho; y tomando el Siervo de Dios el yugo, y las coyundas, se fuè en pos de ellos, y alli sin otra ayuda los unció: burlabanse del hecho unos Religiosos Choristas,

tas, que lo observaban, teniendo por imposible falliesen de aquel modo por la puerta; mas convirtieron la risa en admiracion al ver, que habiendoles dicho: *Andad, haceos lugar uno à otro, y salid fuera,* executaron sin el mas leve embarazo su precepto. A

Ocupado en otra ocasion en el ministerio de la limosna, llegó Sebastian à una Hacienda, cuyo dueño trataba con el mayor empeño de lazar un Buey; mas olvidado ya este de la manfedumbre de tal, por haverse mantenido mucho tiempo retirado en el monte, amenazaba con los estragos de la ferocidad de un agitado Toro à quantos acometian à acercarsele: aquel, que viò impossibilitada la empresa, se resolvió à dar orden de que le quitassen la vida; mas compadecido el Siervo de Dios del rigor del decreto, le dixo: *Hermano, vos quereis matar este pobrecito Buey, haced cuenta, que ya es muerto, y dadmele para el servicio de las Carretas de mi Padre S. Francisco.* El Labrador, que lograba con esto la ocasion de experimentar por sí mismo lo prodigioso de la virtud de Aparicio en semejantes ocasiones, se lo cedió de muy buena gana; y quitandose aquel la Cuerda, con que estaba ceñido, se fuè à él, y lo llamó. El Buey, que oyò la voz del Venerable, se parò à mirarle; y quando creyeron todos los de la Hacienda, que se havian congregado à la novedad del suceso, que le embistiera con la misma fiereza, con que amenazaba à los demás, vieron con admiracion se venia à él passo à passo, y despues de haverle lamido la manga del Hábito, se dexò atar sin la menor repugnancia con la misma Cuerda, y acariciar despues del Siervo de Dios como si fuesse un manso Corderillo. A vista del prodigio quisieron

arro-

arrodillarse los que lo havian presenciado, à besarle los pies; mas él lo resistió con la mayor humildad, atribuyendolo à N. P. S. Francisco, que miraba por el honor de su Cuerda; y assi les ordenò, como que él nada havia hecho, que le ayudassen à dar à Dios las gracias.

De estos casos de amansar, y pacificar los Toros furiosos, è indómitos se refieren hasta treinta en los processos auténticos, diferentes solo en las mayores, è menores circunstancias. Entre ellos es notable el que ya refiero. Tenia un amigo, y devoto del Venerable un Novillo con una llaga tan profunda en la cerviz, que hacia de lo mas difícil, si no del todo imposible, su curacion; y assi lo diò à Aparicio como cosa perdida. Compadecido este de su mal, determinò curarlo; para lo qual quitando la reja de un arado, la puso al fuego hasta que se encendiesse, y tomandola con un grueso madero prevenido para el efecto, se fuè con ella àcia el Novillo, que al tiempo que daba señas con los bramidos de la vehemencia de su dolor, heria la tierra con las manos, indicando igualmente las últimas disposiciones de acometer à qualquiera que se le acercasse; mas llegando à él Aparicio, le dixo: *Hermano Buey, estaos quedo, que os quiero curar, no seais ingrato.* Obedeció su furia al imperio de estas palabras; y aplicandole el encendido fierro sobre la llaga, se la cauterizó, exprimiendole el humor, y sangre; que en ella tenia, sin que hiciesse aquel otro movimiento, que bramar, y herir la tierra interin se efectuaba la curacion; concludida la qual con la señal de la Cruz, aunque luego que salió de entre las manos de su piadoso Cirujano, se mostró tan furioso, que hasta à los

arbo-

arboles embestia; deponiendo su colera al arbitrio de aquel, passó luego à servir en las Carretas con toda robustez, y mansedumbre.

No era solo esta especie la que humillaba su ferocidad, ò cedía su natural inclinacion à los órdenes de Aparicio. Seis admirables casos se refieren en el processo Apostólico de Machos cerreros, Caballos, y Mulas feroces amansados repentinamente à su presencia, de los quales basta exponer la de uno de aquella, que aun despues de domesticada, jamás llega à deponer en el todo para con el hombre su ingrata antipatia. Haviafe dado de limosna al Convento de la Puebla un Macho, en quien se havia hecho tan notoria aquella propiedad, que por mas diligencias, que hizo su dueño, no pudo reducirlo à los términos de tratable. El Guardian, que lo recibió, lo hizo consignar al instante à Aparicio para exercicio de su paciencia, en el tiempo, en que, como hemos dicho, trataba de multiplicar sus mortificaciones. Este, que no ignoraba lo indómito del bruto, lo representò al Guardian, el qual le respondió: que sin réplica hiciesse lo que se le ordenaba. Obedeció el buen Subdito, y llevando el cerrero Macho à que cargasse piedra para la fábrica de la Enfermeria, le dixo: *Estate quedo soberbio bobo: ¿soberbia has de tener con los Frayles? Obedece, y sirve en tu ministerio con humildad, y mansedumbre.* Y assi lo executò desde aquel punto, prosiguiendo à servir, segun se le havia ordenado, en aquella ocupacion.

Excitada la natural codicia de las hormigas de la commodidad de hallarse en cierto terreno, en que eran de lo mas abundante, y en que havia hecho mansion Aparicio, con dos Carretas de trigo, dieron

tantas sobre él, que asombrado el Indio, que havia quedado cuidandolo, por haverse aquel ausentado, partiò à buscarlo, à fin de que ocurriessè à remediar el hurto, porque segun la prissa que se daban las ladronas, no creía, que dexassen ni un solo grano. Vino pues Aparicio à toda diligencia; y viendo, que en realidad era considerable el daño, que havian hecho, con su acostumbra paz les dixo: *De S. Francisco es el trigo, que haveis hurtado; ahora mirad lo que haceis.* No fuè necessario mas, no solo para que desistiesen de la rapiña comenzada; sino para que restituyessen à las Carretas hasta el último grano, que havian cogido.

Caminando en otra ocasion el Venerable, llegó de noche à un parage infestado de la misma especie de hormigas venenosas, y se acostò à dormir sobre uno de sus muchos hormigueros: viò cubierto de ellas Pedro Vizcayno, y se lo advirtió; y conociendolo entonces Aparicio, se las comenzó à quitar, dando à entender en la alegría de su semblante el decoro con que havian tratado aquellas à un tal huésped.

Pero lo que hacia mas admirable este dominio de Aparicio sobre los brutos, era el que no solo lo executaba por sí; sino que en algunas ocasiones lo solia delegar, para que lo exerciesse otro en su nombre. Quando eran todavia indómitos los Novillos que le daban de limosna, solia embiarlos à pacer algo lexos en los altos del Cerro del Convento de N. P. S. Francisco de la Puebla; y entonces mandaba à un niño, aun de la edad de solo siete años, hijo de Doña Maria de Figueroa, vecina del mismo Convento, que se los fuesse à traer: y haciendole

presente la Señora lo arriesgado de la empresa, le respondia: *En mi nombre và el niño, y esto basta;* y assi era, que presentandoseles aquel, y diciendoles: que los llamaba el P. Aparicio, al instante venian à su obediencia: experimentando los Labradores, aun despues de la muerte del Siervo de Dios la eficacia del mismo dominio de su nombre; pues para sujetar animales feroces se valian de él, y con la interposicion de tan alto respeto se les rendian.

CAPITULO XIX.

Prestan obsequiosa obediencia las criaturas insensibles al Siervo de Dios Aparicio.



UANTO mayor es la distancia de los insensibles, que la de los irracionales al hombre, tanto es mas admirable el pronto vasallage, que llegan à prestar aquellos à su imperio: y haviendose manifestado tan liberal el Cielo en conceder à Aparicio el dominio, que ya hemos visto sobre los segundos, no le pareció decoroso, por sin duda, el haver de escasear à su virtud el de los primeros. Assi lo manifestó en el que comunicò al Venerable sobre las aguas, à que continuamente le tenia expuesto su exercicio, no atre-

atreviendose à ofenderle ni las que caian de las nubes en lluvias, ni las ya congeladas en nieve sobre la tierra; y aun haciendose lenguas aquellas para publicar la reverencia con que lo atendian. Haviendo parado cierto dia con sus Carretas à la falda de un monte, y acostadose sobre la desnuda tierra à descansar, comenzò à llover tan impetuosamente, que las aguas, que descendian de la cima, formaron un torrente, capaz de hacer en él mucho mayor estrago, que el de mojarle; pero llegando à su cabeza, se dividieron; y formando à su cuerpo una Corona, despues de haverse acercado reverentes à sus plantas, se volvieron à unir para seguir el curso à que las llevaba su peso.

Tambien solian participar del privilegio de que no les ofendiesen las lluvias los que lograban acompañarle en los caminos, como lo experimentaron Juan de Santiago, y Diego Hernandez de Salvatierra. Y bien que no anduviesse tan liberal el Cielo con cierto Carretero, à quien haviendo de hacer viage para la Puebla le ofreció la casualidad la compañía del Venerable; esto mismo sirvió de una de las mas relevantes pruebas del particular respeto, con que atendian aquellas à su virtud. Uno, y otro conducian sus Carretas cargadas de trigo à la Ciudad; y comenzando à llover, advirtió à Aparicio el compañero la necesidad de proveer del mas pronto remedio à su resguardo. Respondióle el Venerable, que procurasse prevenir el del suyo por su parte, que él por la suya se tomaria la providencia, que le pareciesse mas conveniente para el efecto. Y comenzando aquel con el cuidado, y diligencia, que pedia la inminencia del daño à cubrir su Carreta con